

—¡Imposible! —replicó la doncella de Carolina con resolución, —me ha dado una corazonada, y si aun es tiempo, trataré, procuraré, por todos los medios posibles, salvar á nuestra pobre señorita...

—Exponiéndote tú á perecer... ¿Qué te importa á tí eso, Enriqueta?... Si ella hubiese sido otra...

—Blas, á tí te ciega el resentimiento.

—Buen resentimiento nos dé Dios; lo que á mí...

—¡Vamos, vamos! —interrumpió Enriqueta, —es inútil perder el tiempo; yo te seguiré: pero antes es preciso dar un paso, y estoy firmemente resuelta á hacer cuanto me sea posible para remediar en parte un daño que en este momento me está partiendo el corazón de tal manera que hasta me parece haber cometido una muerte.

Blas se quedó mirando durante algunos segundos á Enriqueta con profundo asombro.

—¿Pero acabaré de saber yo, —dijo, —la barrabasada que intentas hacer?

—Avisar al señorito Velarde, —respondió con perfecta decisión Enriqueta.

—¡Loca! ¿no lo dije? —exclamó Blas, —esta muchacha está loca de atar.

Enriqueta añadió:

—Bien, déjame á mí con esta locura; tú puedes irte y esperarme en la calle de San Bernardino: allí te saldré yo, Dios mediante.

—¿Pero á dónde vas, muchacha? ¡Tú quieres perderte y perderme á mí!... ¿Adonde quieres ir, Enriqueta, respóndeme?

—¿Adonde? muy cerca de aquí, Blas; voy hasta el café de la Carrera de San Gerónimo que, como tú sabes, viene

á ser el punto en que el señorito suele pasar algunas horas según su costumbre.

—Pero eso es una locura, Enriqueta: ¿quieres participarle lo que ha sucedido?

—No, si le encuentro le diré que la señorita se halla acometida de un peligroso accidente.

—¿Y bien?

—Volará en su socorro.

—¿Y tú qué harás entonces?

—Reunirme á tí.

—¿Pero y si te compromete á que le acompañes?

—Pierde cuidado; sabré esquivarme.

—¿De qué modo?

—Pretextando que corro á la calle de Santa Catalina en busca del médico de casa.

Blas reflexionó un momento, y luego dijo:

—No me parece mal pensamiento; pero se me ocurre que vas á tocar una dificultad.

—¿Cuál?

—El señorito Velarde puede no estar ahora en el café.

—Sin embargo, esta es la hora en que suele ir allí con algunos amigos; muchas veces la señorita me ha enviado á llamarle!...

—Pero... ¿no te has enterado ya de que en esta ocasión no se encuentra allí?...

—Embustero; eso consiste en que tú te has guardado muy bien de cumplir el recado del ama, pues te convenia lo contrario; y así has fraguado una mentira...

—Pues para que veas que yo no soy malo, y que solamente por tí he hecho lo que sabes, voy á acompañarte á

cierta distancia para que no se aperciban si nos ven por ahí juntos.

—¿Con que al fin aceptas?..... ¿con que te decides á acompañarme?

—Ya lo ves, Enriqueta; pero en marcha porque hace cuatro minutos que el otro se encuentra solo arriba, y ya que has concebido esa idea...

Y sin concluir Blas la frase, comenzó á andar detrás de Enriqueta, cuyo paso se hizo tan acelerado, que no parecía sino que sus piés tenían alas.

Así llegaron hasta el centro de la Puerta del Sol, cruzada y ocupada en aquella hora por numerosas gentes que llegaban por los sitios céntricos, arrastradas por la comun ansiedad.

De pronto Blas se detuvo y procuró confundirse entre las gentes, aunque sin perder de vista á Enriqueta, la cual acababa á su vez de detenerse.

Al llegar cerca del Buen Suceso, sus ojos, que con ansiedad inaudita, con la ansiedad del remordimiento y del terror, se fijaban donde quiera, procurando penetrar en la misma sombra, se detuvieron al divisar una persona que caminaba en direccion encontrada.

Enriqueta corrió hácia el transeunte.

La Providencia le habia guiado.

El que venia hácia ella era D. Pedro Velarde.

—Señorito,—dijo acercándosele Enriqueta,—corra usted, corra Vd. mucho, que mi señorita se encuentra muy grave, en un terrible peligro.

—¿Qué ocurre, pues?—preguntó atónito el artillero.

—Ya lo sabrá Vd., ya lo sabrá pronto: pero corra, no pierda ni un instante, mientras que voy á buscar un médico, al médico de la señorita.

Y Enriqueta hizo como que corria en busca del socorro facultativo, mientras que Velarde, con paso acelerado primero, y despues corriendo todo cuanto le fué posible, se dirigió como una exhalacion á la calle del Arenal.

Más adelante daremos otros pormenores acerca de este punto y de lo que aconteció entre el jóven y el general Belliard.

Y sin embargo las cosas se iban haciendo cada vez más y más interesantes. En el momento en que Enriqueta se dirigia á la calle del Arenal, un hombre que parecia haberse escapado de la casa de la Puerta del Sol, corria á toda velocidad por la calle de San Mateo, y se dirigia á la casa de la Puerta del Arenal. Este hombre era un joven de unos veinte años, de estatura mediana, de ojos vivos y de un aire decidido. Él tambien parecia haberse escapado de la casa de la Puerta del Sol, y se dirigia á la casa de la Puerta del Arenal. En el momento en que Enriqueta se dirigia á la calle del Arenal, un hombre que parecia haberse escapado de la casa de la Puerta del Sol, corria á toda velocidad por la calle de San Mateo, y se dirigia á la casa de la Puerta del Arenal. Este hombre era un joven de unos veinte años, de estatura mediana, de ojos vivos y de un aire decidido. Él tambien parecia haberse escapado de la casa de la Puerta del Sol, y se dirigia á la casa de la Puerta del Arenal.

De pronto Enriqueta se detuvo y procuró confundirse entre las gentes, cuando sin poder de vista á Enriqueta, la cual se escapaba á su vez de la casa.

Al llegar cerca del ~~puerto del Arenal~~ puerto del Arenal, Enriqueta se detuvo y procuró confundirse entre las gentes, cuando sin poder de vista á Enriqueta, la cual se escapaba á su vez de la casa.

Enriqueta corrió hacia el transeunte.

La Providencia le había guiado.

Mi que venia había ella con D. Pedro Velarde.

—Soy yo, — dijo acercándose Enriqueta, — corre ya.

—¿Qué ocurre, pues? — preguntó atónito el artilero.

—Ya lo sabe Vd., ya lo sabe pronto: pero corre, no pierda ni un instante, mientras que voy á buscar un médico, el médico de la señoría.

## CAPITULO XXXI.

### El Dos de Mayo.

Amaneció por fin el memorable día que tan graves sucesos estaba destinado á presenciar.

Un bello sol de primavera se preparaba á alumbrar con sus transparentes rayos la desolacion del hidalgo y noble pueblo madrileño.

Hubiérase creído que la circunstancia de ser domingo atraia hácia los puntos céntricos de la poblacion un numeroso concurso.

Considerables masas de gente habian empezado á cruzar desde muy temprano en todas direcciones, y muy particularmente refluian á la Puerta del Sol y á las avenidas de Palacio.

Un inexplicable desasosiego, una ansiedad violenta arastraba poderosamente á las turbas.

Desde la clase más modesta á la más encumbrada de la poblacion, el vecindario de la corte abandonaba sus ca-

sas y se lanzaba á discurrir por Madrid con arrebatado continente.

Pero lo que daba á todo esto un aspecto más imponente, si cabe, del que ya se reflejaba en todos los semblantes, eran los condensados y murmuradores grupos, que aumentándose gradual y repetidamente, se hacían sentir como las rompientes de un mar proceloso que agitará el huracan sobre las descarnadas rocas de un arrecife.

Era un gran pueblo que exasperado é inquieto por los dolores de una profunda herida que la perfidia gravara hondamente en lo más delicado de su honra, comenzaba á fermentar, despues de inauditos esfuerzos de prudencia, y á rebelarse contra una pesada cadena que la traicion y el engaño habian fraguado á expensas de su buena fé.

La voz de alarma, esparcida ya desde la víspera, cundió entonces con eléctrica fuerza entre el pueblo, de quien dice á este propósito el conde de Toreno que «un présago inexplicable pronosticaba á todos en tan aciago acontecimiento como pocas horas despues se verificó en aquel dia de amarga recordacion, de luto y desconsuelo.»

Esta voz y la suma inquietud excitada por la falta de dos correos de Francia, dice el mismo autor, habian llamado desde muy temprano á la plazuela de Palacio numeroso concurso de hombres y mujeres del pueblo.

Al dar las nueve subió en un coche con sus hijos la reina de Etruria, quien, como ya hemos indicado en otra ocasion, era mirada más bien como princesa extranjera que como propia; consecuencia merecida por sus desaciertos y maquinaciones cerca del francés.

Este carruaje partió sin novedad alguna, como era de presumir, y ni la más leve resistencia, ni siquiera un sa-

ludo que indicára el deseo de significarla esa buena cortesía que tanto distingue al hidalgo pueblo español, se adelantó á interrumpir la libre marcha de la citada princesa.

Otros dos carruajes de camino esperaban á dos viajeros; y allí, en aquellos vehículos, fué donde con tenáz insistencia y particular emocion se fijaron los anhelantes grupos situados en la plaza.

Por la multitud corrió la noticia de que aquellos coches estaban destinados á conducir á los infantes D. Antonio y don Francisco.

Pero en tanto el momento de su partida llega, acerquémonos á uno de los corros que, ya por su actitud marcadamente hostil, y ya por contener personas que nos son bien conocidas, debe fijar de un modo muy especial nuestra atención y la de nuestros amables lectores.

Uno de los personajes que lo componian, exclamaba pocos minutos despues de haber desaparecido, entre el polvo y el galopar de los caballos, el carruaje de la desairada reina de Etruria,

—Es ya llegado el momento de estrellar ó de estrellarse uno contra esa maldita gente, Maestro: esto ya no puede pasar de aquí, ó dirán que por nuestras venas no corre una gota de sangre...

El que así hablaba era el mozo cuya saña respecto á los franceses hemos tenido ocasion de admirar al principio de esta historia en la calle del Humilladero, en la casa del honrado protector de la inolvidable María.

Quien le hubiese observado en el momento en que volvemos á presentarle á nuestros lectores, distinguiria sin esfuerzo en su inmutado rostro que era presa segura de una de esas sobreescitaciones que al llegar á cierto grado de desarrollo, no dejan en el corazon espacio alguno dentro

del cual puedan ampararse la prudencia ni el recato.

Verdad es tambien que todos sus compañeros, á excepcion de Alvarez, ó por otro nombre el Maestro, que yacia sumido en una meditacion, no por eso ménos imponente, no se cuidaban ni remotamente de bajar el tono de sus amenazantes voces; y antes bien los gritos, las furibundas amenazas y toda suerte de denuestos contra los franceses, daban clarísimas señales de que sus intenciones no eran hostiles de todo punto.

La mayor parte de nuestros compatriotas allí reunidos, —y en esto indudablemente no eran los únicos, —aparecian envueltos en sus anchas capas; á cuya circunstancia podemos añadir, sin que por esta razon nos anticipemos á los hechos, que debajo ocultaban algo muy en consonancia con sus tendencias nada tranquilas ni tranquilizadoras.

—¿Qué, no responde Vd. Maestro?—volvió á preguntar el jóven con ciega mirada.

El Maestro respondió con laconismo:

—¿Qué quieres tú que yo diga?

—¿Cómo?... ¿está Vd. en su juicio?—replicó el jóven, —¿así me responde Vd. con esa calma, muy capaz de tentar y dar por tierra con la paciencia de un santo?

—Epifanio, añadió el Maestro con la misma tranquilidad aparente, —tú eres un jóven...

—Como si no lo fuese: para el caso viene á resultar lo mismo que si contase los años de Vd.

—No trataré de contradecirte, amigo mio.

—Pues... y entonces ¿cómo me explica Vd. esa paciencia con que se entrega Vd. á reflexiones que ahora vienen ya fuera de tiempo?

—¿Qué cómo me las explico?

—Sí, ¿cómo?

—Con una de esas reflexiones que tú me echas en cara.

—Veamos cuál es, Maestro.

—Una muy sencilla y que no tiene contradicción: las cosas, como tú y toda la compañía estais viendo, no tienen ya remedio alguno.

—Ciertamente.

—Pues en este firme convencimiento, he creído que lo más oportuno de todo es una cosa.

—¿Cuál?

—Callarse por algunos momentos.

—¿Para qué?

—Para que en el caso crítico sea nuestra voz más fuerte que la del trueno, y para que el estampido y el rayo salgan á la vez de nuestra boca y de nuestras manos. Mientras tanto, amigos míos, esperemos á los pocos instantes que nos resta esperar: aconséjate de mi experiencia, y no dudes que muchas veces la lucha que se revela por las palabras, suele enervar las fuerzas del hombre más decidido y valeroso.

Epifanio guardó un respetuoso silencio de aprobacion, que á su vez imitaron los cincuenta hombres que componian el interesante grupo.

Sin embargo, en los demás que estaban situados delante del palacio y llenaban las avenidas, el tumulto crecía con notable violencia, y las oscilaciones de la muchedumbre indicaban bien á las claras que la efervescencia habia llegado á su grado máximo.

¡Cosa bien particular en aquellos momentos de peligrosa inquietud! Más de una tercera parte de aquel pueblo allí agrupado, lo componian las mujeres atraídas por una indignacion delirante, y excitadas por un sentimiento de pa-

triotismo tan elevado, que las asemejaba en cierto modo á esas varoniles amazonas que en la guerra excedían en arrojo y decision al mismo sexo fuerte.

Cuando el Maestro aparecia más abismado que nunca, pero sin que por eso su atencion se apartará en lo más mínimo de cuanto en derredor suyo acontecia, una mano amiga vino á posarse sobre su hombro, y una voz para él muy conocida y simpática pronunció al mismo tiempo estas palabras:

—Poco nos queda ya que esperar, querido amigo.

El Maestro se volvió rápidamente.

—¡Ah! por fin está Vd. aquí, D. Enrique,—dijo.

—Sí, hace un cuarto de hora que estoy dando por ahí vueltas y más vueltas por adquirir pormenores...

—Y al fin ¿qué sabe Vd.?

—Sí, ¿qué sabe Vd. D. Enrique?—añadió Epifanio.

—Lo mismo que Vds. saben ya, amigos míos.

—¿Tratan de llevarnos decididamente los niños?

—Es cosa resuelta.

—¿Y será pronto?—insistió uno de los concurrentes.

—Creo que nos quedan pocos minutos que esperar hasta la ejecucion de esta última infamia: las cosas caminan ya con suma rapidéz.

—Pues ya es preciso enseñar los dientes á esa gente que Dios maldiga.

—Y hacerles ver que con nosotros no se juega.

—Y que con toda su ostentacion ne se intimidan los españoles.

—¡Los infantes no saldrán de Madrid de ningun modo!

—Aunque se empeñe en ello con todas sus fuerzas el general melenudo.

—Muera el Monsieur de las cabelleras (1).

—Sí, que mueran los monsieurs todos.

—Mueran los franceses.

—Estas y otras voces se escaparon de los grupos con arrebatada furia, y como si las repitiera el eco, fueron contestadas unánimemente por la muchedumbre.

Cuando la gritería y las amenazas eran ya ensordecedoras, iracundas, terribles, un suceso particular vino á aumentar repentinamente el universal frenesí.

Mr. Augusto Lagrange, que por su particular uniforme era conocido como ayudante de Murat, acababa de llegar en tan mala sazón á palacio.

Venia encargado de enterarse de lo que allí acontecía, y de si la inquietud popular ofrecía temores de que se llegase á una grave conmoción.

Casi con su funesta llegada coincidió otro suceso, que fué una nueva chispa incendiaria en los irritados ánimos.

La multitud acababa de oír por boca de los mismos criados de palacio, que el infante D. Francisco *lloraba* desconsoladamente y que *no quería partir*.

Todos se enternecieron al oír esta noticia, las mujeres prorumpieron en lamentos y penetrantes sollozos, y como es de presumir la sobrecitación no conoció entonces límites.

Al ver á Lagrange el pueblo, se persuadió este de que habia venido allí *para sacar por fuerza* á los infantes, y siguiéndose á esto un general susurro, una mujer gritó en aciaga hora:

(1) Murat se distinguía muy particularmente por la rizada y larga crecha de pelo que le caía por los hombros, llegándole casi hasta la cintura.

—¡Que nos los llevan! ¡que nos los llevan!

Aludia á los infantes.

Entonces Mr. Lagrange fué embestido con terrible furia por todas partes, y hubiera perecido sin duda alguna, á no haberle escudado con su cuerpo el oficial de walonas, D. Miguel Desmaisieres y Florez.

Pero la rabia y gritería subieron de punto, y ciegos los españoles por la desesperacion, ambos, Lagrange y el oficial de walonas iban á ser atrepellados y muertos, á no haber llegado á tiempo una patrulla francesa que los libró del furór del embravecido pueblo, consiguiendo por fin sustraerse al inevitable fin que los amenazaba.

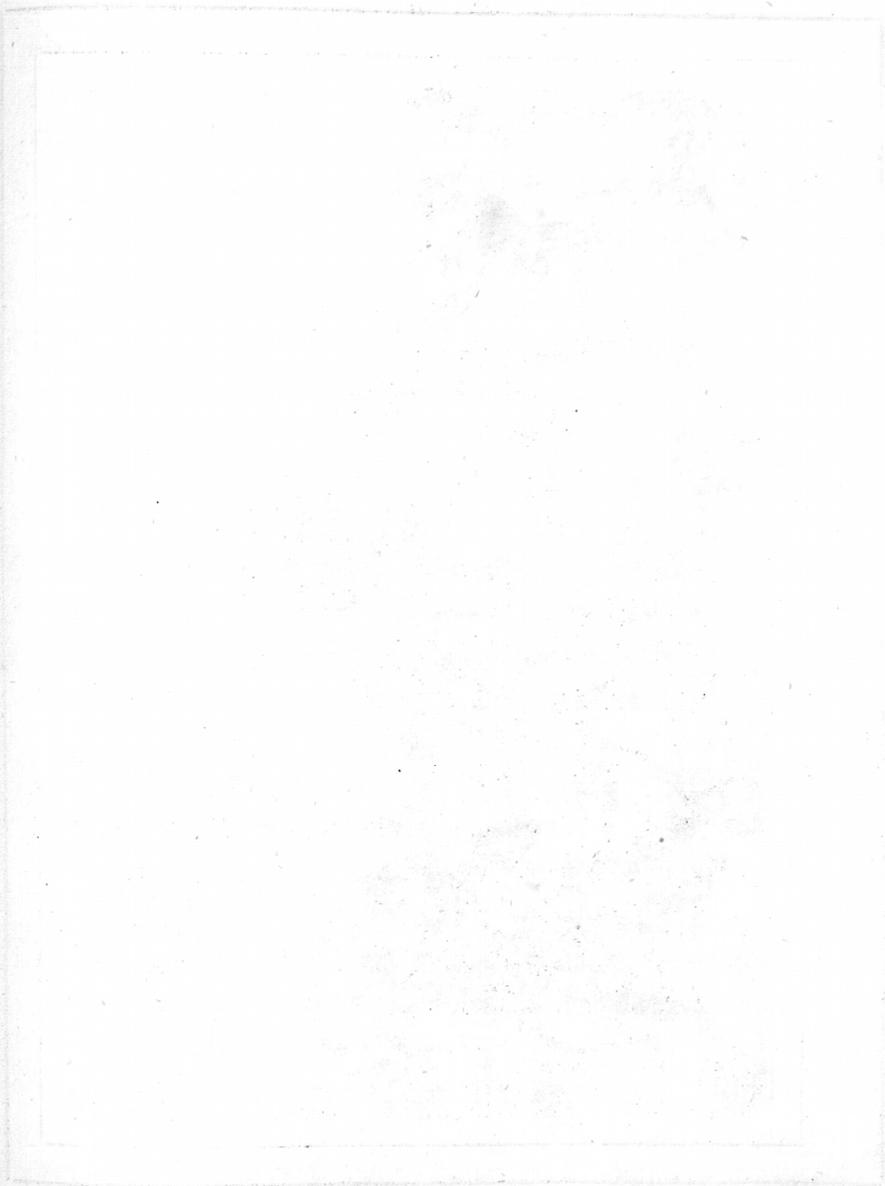
Mientras, Mr. Lagrange aprovechó un interregno salvador y huyó con toda la velocidad de su brioso caballo á dar cuenta al general Murat de lo que el pueblo aparecia dispuesto á hacer, y de lo que á él mismo le hubiese hecho á no evitarlo una casualidad inesperada.

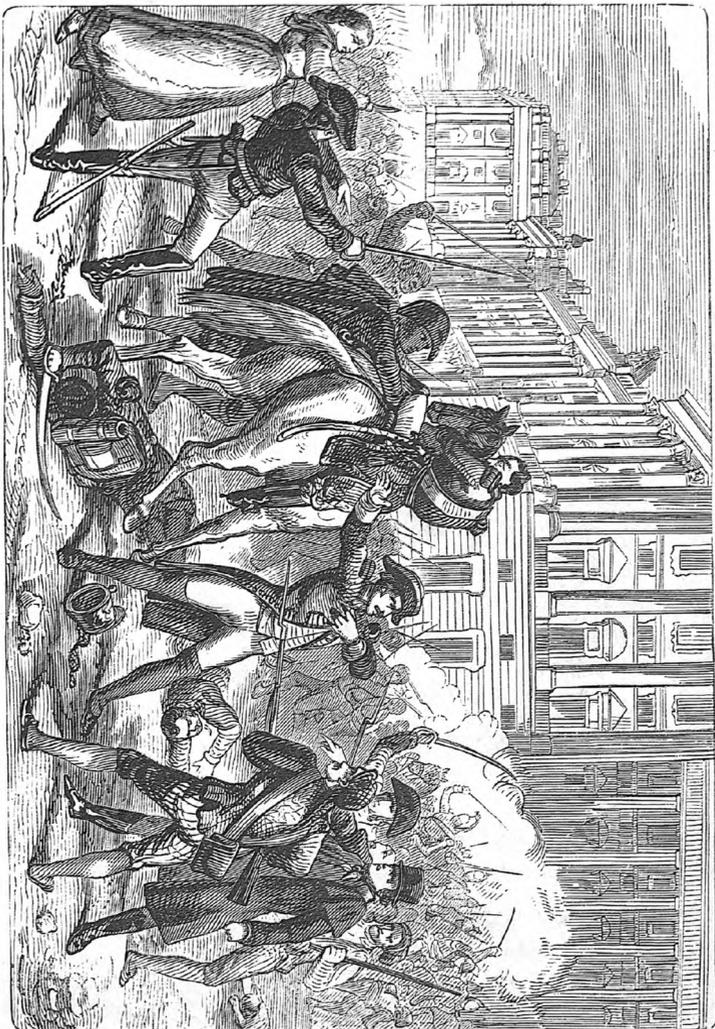
El pueblo, abandonando á su presa cuando se vió acometido por la patrulla, se arrojó entonces sobre esta y comenzó á trabarse una desesperada lucha.

Por otra parte, y en lo que concierne á Lagrange, pasado el primer momento de efervescencia, muchas voces salidas de entre los mismos grupos del pueblo, habian clamado porque se le dejase en libertad, protextando con esa noble hidalguía tan peculiar á las naciones verdaderamente grandes, que era indigno atacar á un solo hombre incapáz de defenderse contra tan crecido número de agresores.

El general Lagrange oyó estas nobles palabras que la historia ha conservado, si no textualmente, en su generosa y leal expresion.

A cualquiera se le ocurre que el tal proceder debería excitar la recíproca en el corazon del aborrecido extran-





Combate en la plaza del Palacio Real.

jero; más no fué así por desgracia; y los esforzados hijos de Madrid lucharon estérilmente, según se demostrará, contra un enemigo superior en el número, cauteloso, y contra una perfidia de que el pecho español no ha sido capaz en ningún tiempo al tratarse de adversarios.

El amotinado pueblo de la plazuela de palacio se entregó, pues, al arrebatado de su hasta entonces comprimido enojo, dando rienda suelta á los vivas á la patria y por igual á las maldiciones y denuestos que le inspiraba el nombre francés.

Los que habían acudido á aquel paraje, desprovistos de armas, corrieron presurosos en busca de ellas, y bien pronto se vió flotar en el aire una nube de escopetas y carabinas, palos, sables y estoques en tumultuosa confusión y cerrando con los franceses que habían osado hostilizar á la muchedumbre en defensa de Mr. Lagrange.

Casi en el mismo acto de ser atacado y salvado simultáneamente el ayudante de Murat, el Maestro, que momentos antes había permanecido en una actitud meditabunda, levantó su cabeza con imponente bravura y resolución, y exclamó arrebatado:

—Ya es llegada la hora, señores; á morir ó á vengarse de esos perros malditos.

Y rompiendo el círculo en cuyo centro había estado hasta entonces, corrió en dirección del sitio en que el pueblo, después de abandonar á Lagrange, se entregaba con decisión incontrastable á la pelea, haciendo frente á la osada patrulla.

Nadie hubiera creído al Maestro, al considerar su edad avanzada, tan ágil, tan vigoroso, tan fuerte, que sus compañeros más jóvenes difícilmente podían seguirle en su velóz carrera.

Una singular metamorfosis se obró entonces en todos los individuos de la compañía.

En medio de su agresivo movimiento, se les vió des-  
embozarse y terciar sus capas, debajo de las cuales salie-  
ron como por encanto fusiles, trabucos y pistolas, llevando  
casi todos en sus cinturas cananas ó bolsas de cuero que  
contenian municiones.

Todo aquel armamento habia estado depositado durante  
un mes, con una prevision profética, en la especie de ar-  
senal de la calle del Humilladero, en la taberna del tio  
Colás, en aquel escondido cuarto donde por vez primera  
hemos llevado al lector la noche del 28 de marzo de aquel  
año memorable.

## CAPITULO XXXII.

### La Puerta del Sol.

Sin embargo de que el arrojo y la rabia del pueblo eran tan solo comparables á la justa indignacion de que estaba poseido, bien pronto fué abandonando la plaza de palacio, donde además de lo inútiles que se hacian todos sus esfuerzos, por la mala situacion, y asimismo por la poca resistencia que en realidad hallaba en el momento, era exponerse á un golpe ó más bien á un probable descalabro, si á los franceses se les ocurría acudir en ordenado ataque y en número superior.

Así que, la mayor parte de los que habian corrido á sus casas con el objeto de apoderarse de algunas armas, en vez de regresar al punto indicado, se dirigieron al corazon, digámoslo así, del levantamiento, esto es, á la Puerta del Sol y calles afluentes.

No bien llegó á Murat la noticia de la verdadera intencion que abrigaba el pueblo, y de que la hostilidad con-

tra los franceses era tan decidida, el cuñado de Napoleón tomó sus precauciones, y adoptó medidas que bien pronto vamos á conocer.

Entretanto la alarma cundia en la poblacion.

Como llevamos indicado, los grupos de la plazuela de palacio se disiparon para reaparecer en la Puerta del Sol, cubriendo sus avenidas en las calles de Alcalá, Carrera de San Gerónimo, Carretas, Arenal, Mayor, Montera y la del Cármen.

Los grupos aumentábanse de minuto en minuto con visible rapidéz, y parecia que toda la gente de accion se habia concertado para aquel punto.

Entretanto los ayudantes de Murat y numerosos soldados de á caballo, recorrían con sospechosa, ó más bien inequívoca diligencia de uno á otro lado, llevando y trayendo órdenes.

Con este motivo tuvo lugar una escena de que vamos á hacer mencion, porque ella, entre otras, contribuyó en cierto modo á precipitar los amargos sucesos de aquel dia terrible.

El brigadier D. Tomás García Vicente (1) conversaba acaloradamente con varias personas que á su inmediacion habia.

Una de estas personas, que á pesar de su edad avanzada, mostraba una decision notable, era el anciano D. Pablo de Montenegro.

Por más instancias que se le habian hecho para que se retirase á su casa, vista la proximidad del peligro que amenazaba, el buen anciano, arrastrado por una fuerza

---

(1) *Memoria Histórica* del dia 2 de Mayo de 1808, por D. Emilio de Tamarit, oficial tercero del cuerpo de Cuenta y Razon de Artillería.

muy superior á todas las reflexiones, despues de haber pasado la noche en un completo desasosiego por el estado grave en que quedaban las cosas, salió aquel dia muy de madrugada, asegurando, sin embargo á María de su pronta vuelta.

El expresado García Vicente, que á la sazón conversaba, segun hemos dicho ya, con un agitado grupo, vió venir, de vuelta del Retiro, dos soldados mamelucos, portadores de un pliego para Murat.

Al grito de ¡Independencia! repetido hasta el frenesí por la multitud, se adelantó García hácia los mamelucos que venian á la carrera.

—¡Señores!—exclamó,—vamos á hacer que esos soldados nos entreguen el pliego de que son conductores.

—¡Sí, sí, que nos lo entreguen!—repetieron con frenesí cien voces, siguiendo el movimiento de D. Tomás García Vicente.

Los mamelucos fueron al fin detenidos, y comprendiendo que toda resistencia era inútil para sus decididos intimidadores, entregaron el pliego que se les exigía.

Despues se les dejó continuar libres su camino, sin recibir la menor ofensa.

Pero ellos, ciegos de furor, subieron la calle de la Montera á todo escape, sable en mano, y descargando repetidos golpes á cuantos indefensos transeuntes encontraban al paso.

Al comenzar la calle habian atropellado ya á una infeliz criatura, á la cual dejaron terriblemente magullada bajo los cascos de sus caballos.

Una anciana llamada María N. fué muerta de un sablazo que descargaron sobre su cabeza, en la Red de San Luis...

Más arriba mataron también á un hombre de un pistoletazo, y hubieran continuado dejando en pos de sí tan terribles huellas, á no haberseles empezado á perseguir por el pueblo.

Un artesano, justamente indignado por aquellas felonías, siguió á uno de los soldados de cerca, y le asestó con ojo certero á corta distancia.

El tiro salió... y el mameluco fué derribado de su caballo que libre del ginete, dió en correr á su albedrío...

Todos cuantos lo presenciaron, aplaudieron y victorearon este hecho.

La bala del artesano atravesó al mameluco, dejándole muerto en el acto.

Su compañero, que en vista de esto, emprendió decididamente la fuga, fué también á morir en la calle de la Luna, perseguido por otro hombre del pueblo.

El que habia castigado así los desmanes del primero, bajó precipitadamente, despues de haber vuelto á cargar su arma con indecible rapidéz, la calle de la Montera, en direccion á la Puerta del Sol.

Allí le detuvieron las gentes.

Era un grupo de personas bastante conocidas de nuestro artesano, que, al verle, demostró una profunda satisfaccion á que aquel correspondió, diciendo en seguida:

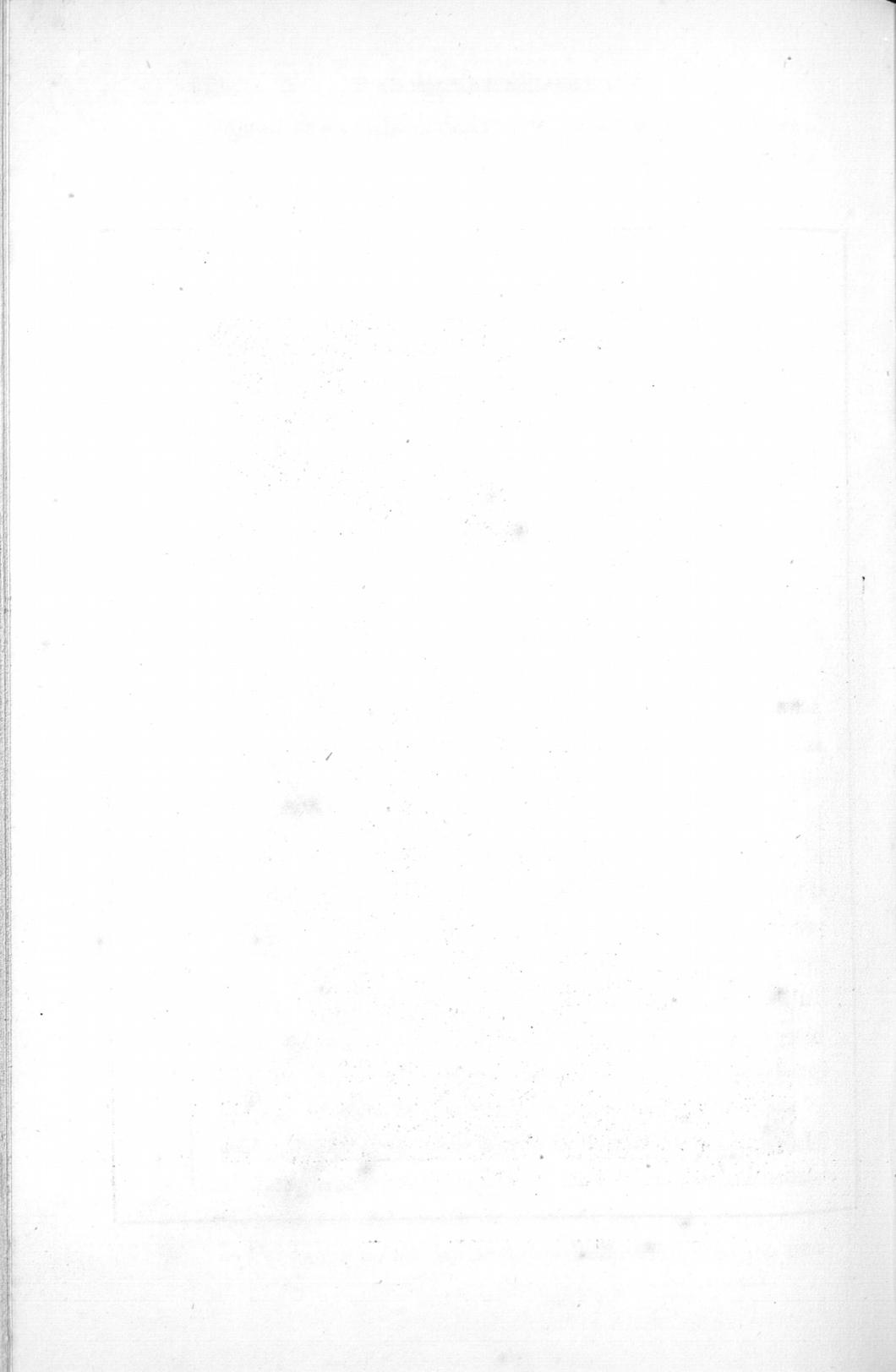
—He tenido el placer de enviar al otro barrio á mi primer mameluco: tenia particular ojeriza á esos bárbaros cuyo fanatismo corre parejas con su figura.

—¿Qué mameluco dice Vd.?—le preguntaron.

—Uno de los dos que hace un momento corrian desesperadamente por la calle de la Montera.

—Pero esos no hacian mas que huir.





—Sí, pero tambien aprovechaban al paso su tiempo.

—¿Pues cómo?

—Han matado á dos ó tres personas, entre ellas á una pobre é inofensiva anciana.

—¿Y Vd.?...

—Yo le atravesé de parte á parte el cráneo.

—Bien, muy bien hecho. Pero ¿y el otro, qué ha sido del otro?

—Tampoco habrá salido muy bien parado: las gentes le seguian la pista hácia la calle de la Luna, y todo tenia el aspecto de una batida.

Hubo un momento de pausa.

Don Pablo de Montenegro, que estaba allí, preguntó á nuestro hombre:

—¿Viene Vd. de la plazuela de palacio?

—Sí, aquello se ha puesto en malas condiciones; dos batallones han hecho fuego contra el pueblo, y como éramos pocos ha sido preciso ceder, no sin pérdidas muy sensibles de nuestra parte...

—¿Y D. Enrique, Maestro?

—Ha seguido la misma direccion que yo, pero á la vuelta de una calle lo he perdido de vista... creo que no tardará en aparecer por aquí.

Efectivamente, el Maestro, que él mismo era nuestro valiente artesano, no se equivocó en sus conjeturas; pues bien pronto D. Enrique Utrera, que los divisó á algunos pasos se dirigió al grupo.

—¡Señor Montenegro!—exclamó al ver al abuelo de María,—¿cómo se atreve Vd. á venir aquí? ¿Sabe Vd. bien como está esto, ni los conflictos que se preparan?

—¡Todo lo sé, querido amigo!—respondió el anciano con perfecta serenidad.

Utrera le replicó lleno de solicitud y de temor por el buen anciano.

—Pero... y María, la deja Vd. abandonada en un día como este, exponiéndola tal vez á un peligro.

Estas palabras causaron un efecto mágico en Montenegro, dejándole totalmente desconcertado.

Utrera, añadió:

—Aun es tiempo, retirese Vd. á casa.

—Pero Utrera...

—Nada, lo dicho, á casa y pronto, porque si María no le vé á Vd. durante la zambra que vá á armarse, padecerá terriblemente... y ¿quién sabe si dominada por su inquietud comete una imprudencia?...

En el momento que el anciano parecia dispuesto á ceder ante estas y otras prudentes insinuaciones del jóven, un movimiento de oscilacion se verificó en la multitud, y los gritos frenéticos y los rumores se levantaron con eco formidable.

Utrera se volvió en seguida para observar el móvil de aquella agitacion y alarma.

Las voces de —¡Ahí vienen! ¡á ellos!— se repetian con creciente afan, al mismo tiempo que todos cuantos allí aparecian armados, y aun los que no tenian otra defensa que un palo inútil, su solo cuerpo, se dirigian presurosos á las embocaduras de la calle de Alcalá y Carrera de San Gerónimo.

Con efecto, no tan solo por dichas calles, sino por otras afluentes avanzaban en órden y en son de guerra numerosas tropas francesas.

El enardecimiento de las masas populares en vista de las disposiciones inminentemente agresivas que tomaba el ya declarado y comun enemigo, no conoció valla.